



Bielsa, lit.

Lit. Felipe C. Rojas Madrid



de cuartel; como los reyes ejercen un misterioso influjo sobre todos cuantos les rodean; en los primeros días de su ministerio; lejanas todavía las dificultades varias de unos con otros, que más tarde vinieran; se pagaba mucho Rolland del carácter ingenuo de Luis XVI, y le decía frecuentemente á su mujer cómo le iba pareciendo cada día más dispuesto á conformarse con su oficio de monarca constitucional, más decidido á respetar la Constitución y servir de formidable seguro á la libertad. Pero madama Rolland, creyendo todo lo contrario, le disuadía de tales persuasiones, y le anunciaba que siempre tiraría el Rey al trono absoluto, como al monte agrio la cabra montés. Parece imposible: llevando en la cabeza y en el corazón la República, se arresta un político muy honesto, como Rolland, á servir la Monarquía en puestos de confianza, por la misma Monarquía confiados á él. Esto se puede hacer cuando la realeza tiene una impersonalidad tan perdurable como la que muestra en Inglaterra. Pero no se puede hacer ni en Francia, ni en España, donde las Monarquías en los tiempos de revolución y de guerra civil, más que árboles cobijando todo un pueblo y componiendo un solo Estado, parecen fortalezas y pabellones de un partido. Cuantos intentaron, siendo republicanos en el corazón, servir á los Reyes en el gobierno salieron de un empeño semejante con las manos á la cabeza: Olivier en Francia, Rivero en España, Crispi en Italia. Y, entre los ingleses mismos, cuando Gladstone intentó proponer algún radical á la Reina, encontró grandes resistencias en ella, unas veces vencidas, como con el nombramiento de Delcke, invencibles otras veces, como á la propuesta del nombramiento de Labouchere. Quien una vez recoge por toda su alma el éther de un ideal amado y luego quiere desecharlo ante un placentero Monarca, lucha con lo imposible y por lo imposible queda vencido. Aquella escuela girondina, originaria de un territorio muy municipal y muy dado á las costumbres federales; criada en escuelas, donde por patrio amor, se profesaban las ideas parlamentarias y liberales del bordelés Montesquieu; con la filosofía esencialmente racionalista del siglo pasado en su inteligencia, y el amor en su corazón á la elocuencia griega; imitadora de lo antiguo, así en la oratoria con que manifestaba su verbo como en las artes preferidas por sus aspiraciones estéticas; primogénita de la libertad republicana, más aun que su rival implacable, la escuela jacobina, podía muy difícilmente acomodarse á la fe supersticiosa casi, y al culto de sus heredados privilegios, que latían en los afectos y en los pensamientos de un Monarca con quien estaba en la obligación de avenirse, y bajo cuyo nombre y advocación debía al cabo gobernar. Luego formaban un cenáculo, presidido por madama Rolland. Esta representaba lo que representó Aspasia en la República de Atenas; lo que representó Cornelia en el cenit de la República romana; lo que representó Porcia en la muerte de esta misma República; lo que representó Fulvia en el Triunvirato; lo que representó Livia en el Imperio; lo que representó Hipatia en el neo-platonismo; lo que representó Renata en Anjou en la escuela calvinista; lo que representó Victoria Colonna en el Renacimiento; lo que representaron en la reacción religiosa y



jesuítica, primero Catalina de Médicis, y luego madama Maintainon: ese factor esencialísimo á la vida, ese ideal femenino eterno, como le llamó Goethe, esa luna tibia y hermosa en las noches del alma, llamada Sibila Musa, Diosa, Reveladora, Sacerdotisa, Beatriz, Laura Julieta, que tomará cuantas fases queráis y personificaciones en las metamorfosis traídas por la sucesión de los siglos, pero que demuestra la incontrastable atracción ejercida sobre el sexo fuerte y feo por el sexo débil y hermoso, la eterna identidad de los contrarios.

Pocas mujeres ejercieran en el mundo tanta influencia, y pocas entraran en el campo de batalla denominado política, tan semejante á la guerra, con las dotes y ventajas de esta mujer, cuya prestancia física y complexión moral y grande inteligencia y sublime idea y palabra elocuente aparecen, á medida que van pasando los tiempos, más extraordinarias. De una sensibilidad femenil y delicada siempre que os recuerda el hogar; de un tierno afecto por la naturaleza y por el arte, amaba la una con ingenuidad de campesina y cultivado el otro con erudición de doctora; tan fácil á las emociones místicas cuando, entre la infancia y la juventud se recluye, deseosa de darse á Dios, en un convento, como á las emociones humanitarias y científicas cuando, ya crecida, sigue la escuela estoica, y se cree la encarnación viva de una verdad ideal y de una virtud abstracta; republicana y demócrata, no sólo por sus estudios prolijos y su filosofía clásica, por su aspiración impetuosa é incontrastable á subir hasta las cimas sociales en tiempos que pedían para todo limpieza de sangre y relaciones consanguíneas con los patricios del histórico árbol nobiliario; de una fecundia sólo comparable á la continua electrización de sus nervios; discípula del neurótico Rousseau en su política de contrato social y en sus afecciones expresadas por boca de las heroínas puestas por este soñador en los libros célebres de Emilio y de la Nueva Heloisa; modelada por el cincel de la voluntad propia sobre los prototipos varoniles de Plutarco, junto á los cuales brillan mujeres de carácter varonil también, como Cornelia y Porcia; madama Rolland piensa y escribe de todo con acento tan varonil y con idea tan concreta y con juicio tan maduro, que la creeríais un político, si el entusiasmo desordenado, la continua sobreexcitación y sus consiguientes fortísimas tensiones nerviosas, el apasionamiento por sus omigos, la intransigencia con sus contrarios no revelasen á cada paso la irremediable naturaleza de su sexo. Madama Rolland es pura y simplemente una escritora. Existen parsonas que nacen hablando y escribiendo. En la conversación particular sus secretos revisten la forma de discurso. Buscan hasta sobre cosas y cuestiones domésticas la contradicción para esgrimir la espada de su lógica y mostrar el brillo de su elocuencia. Hacen discursos cuando encuentran público, aunque no pase de unipersonal ést, y escriben cuando se quedan solas. Madame Rolland redujo su vida enteramente á leer, hablar, escribir. En leer era incansable, porque la eterna lectura servía de aceite á la clásica lámpara de su elocuencia romana. Escribía madama Rolland como hablaba mon-

sieur Vergniaud: la misma lengua castigada, el mismo sentimiento contenido, la misma fantasía mandada por una soberana razón, el mismo vibrar de los nervios tenían uno y otro. Madama Roland aún era más música. Muy maestra en italiano, cuyos poetas clásicos leía y se asimilaba con facilidad á la continua, no perdonaba medio de procurarle al francés el ritmo y armonía de lengua tan propia para el canto como la lengua de Petrarca y Tasso, más admirados entonces que Dante, por ser éste romántico y teólogo, mientras aquéllos, con toda su religión de sacerdote toscano el primero, y con toda su devoción española y napolitana el segundo, eran clásicos y paganos. El afán por escribir de Madama Roland se conoció principalmente, desde su infancia, en el inmoderado empleo de la pluma para todo y en el número incalculable de sus cartas. Así, forman volúmenes y volúmenes las publicadas. ¡Cuántas habrán sido las perdidas! En el convento contrae amistad con una niña de su edad llamada Sofia. Escribale á todas horas, de todos los asuntos imaginables, descargando así de su cabeza un gravísimo peso, desahogando su corazón de mal dominados afectos, gozosa con comunicar sus emociones é irradiarlas, como se irradian las llamas, los luminares, el calor. Que siente la tranquilidad en el hogar, y tierno culto á una madre hacendosa y á un padre industrial, casi artista, pues al canto carta. Que una tarde ha visto el sol ponerse desde su cuarto quinto, con honores de bohardilla, tras las alamedas de los Eliseos y las líneas de los bosques, pues carta. No pueden irse los vencejos, volver las golondrinas, aromar el ambiente la flor primaveral, pararse un gorrión en las tejas, salir bien un guisado en la cocina, comentarse una biografía de santo en los rezos, ó una biografía de político en la lectura, espumar bien el puchero y oírse mejor una oda, sin historiarlo y reproducirlo todo por cartas, muy vaciadas en la retórica de Rousseau la mayor parte, pero calurosas muchas, como anticipándose á las inmortales de Werther, trazadas al volar de la pluma, no para ilustración de su amiga Sofia, para gusto y recreo de sí misma. En este año, noventa y seis, se han publicado las cartas de amor con Roland, que precedieron al matrimonio, y me recuerdan el relato de aquella célebre dama, por quien el gran socialista germano Lasalle, perdió la vida heroicamente al golpe de un duelo: «escaló, decía, refiriendo sus aventuras amorosas, Lasalle en oscura noche las paredes que me separaban de su persona, con riesgo del honor y del sér suyos; entró por la ventana de mi cuarto como un ladrón; echóse á mis pies trémulo como un amante, sorprendiéndome sentada en hora, como la una después de media noche, ante la chimenea; y no pasó nada entre nosotros; empleamos el tiempo hasta que rayara el día, y encima se viniera la mañana, departiendo tranquilamente sobre la política de Bismarck». pues así aquellos extraños novios, por cuyas edades respectivas podrían ser hija y padre, dirigíanse cartas sendas respecto del mutuo afecto de sus corazones, analizándolo con escalpelo de anatomista, cual si analizaran cualquier hueso de sus respectivos esqueletos, y departiendo sobre todo y sobre todos, sobre las ciencias, sobre las artes, sobre la economía,